

por esto de aprovechar cuantas horas le quedaban libres para consagrarse al estudio, y habiendo solicitado se le permitiera asistir á un Seminario establecido en la pequeña ciudad de Chester, admiró allí á los maestros por su marcada afición á instruirse. Algun tiempo despues, siempre ansioso de aprender, consiguió que se le admitiera en el Instituto Eclético de Hiram: en este establecimiento entró como un pobre estudiante, y como ya había renunciado al oficio de barquero, fuéle preciso, para ganar la subsistencia, barrer las salas, cuidarse de la limpieza, y prestar otros humildes servicios, todo lo cual hacia con la mejor voluntad, dándose por muy contento con que se le dejara estudiar y se le proporcionaran los libros necesarios. Tanta fué su aplicacion, y tales progresos hizo, que los maestros, deseando recompensarle, cediéronle al cabo de un año una plaza de pasante en el establecimiento. Sus aspiraciones no podian satisfacerse con esto, y así es que muy pronto se valió de sus medios para ingresar en el Colegio de Guillermo, en Williamstown (Massachussetts), donde hizo tan rápidos y admirables progresos, que al volver al Instituto de Hiram se le concedió la plaza de profesor de latin y griego, ó de «lenguas antiguas y literatura,» como se decia ántes. A los dos años, Garfield fué nombrado Director del Colegio, cuyo cargo conservó desde 1857 hasta que llegó á ser tan notable político como distinguido abogado. En 1858 casó con Lucrecia Rudolph, que había sido una de sus discípulas en el Instituto de Hiram.

Pronto llegó el tiempo en que Jaime Garfield se vió hasta cierto punto obligado, en cumplimiento de sus deberes sociales, y atendiendo á las instancias de sus compatriotas, que reconocian en él un talento superior, á tomar una parte activa en la política del día. En varios colegios y sitios públicos, Garfield había hablado enérgicamente contra la esclavitud, y ya á la edad de veinticinco años pronunció varios discursos en favor del coronel Fremont, dándose á conocer así ventajosamente entre los políticos del Ohio.

En 1860 se propuso á Garfield presentarse como candidato de una vacante en el Senado, pero contestó que no aceptaría semejante honor si los notables de Hiram no le reconocian ántes apto para el desempeño de sus funciones. Aconsejósele que siguiera adelante en su carrera política, y así es que, muy jóven aún, Garfield obtuvo el cargo de senador. Era aquella una

época muy crítica: en el Ohio agitábase un partido que simpatizaba más ó ménos con el Sur; y Garfield, aunque era el senador más jóven, se opuso desde luégo á toda idea contraria á la Union. Cuando estalló la guerra civil, en 1861, propuso que el Estado facilitase 20,000 hombres para la primera campaña, y comprendiendo despues que debía dar el ejemplo, reunió el necesario número de estudiantes para formar un batallon de voluntarios, y púsose á su cabeza como jefe. Desde aquel momento, Garfield se dedicó asiduamente al estudio de la táctica militar, y tan audaz como emprendedor, no tardó en dar marcadas pruebas de que era tan apto para distinguirse en el campo de batalla como en el campo de la política. Su batallon de voluntarios convirtióse en regimiento, el cual se dió á conocer ventajosamente desde el primer día en que entró en fuego.

Garfield inauguró su campaña derrotando á Humphrey Marshall en una reñida accion; despues tomó parte en diversas batallas, siempre con igual fortuna, y tuvo la satisfaccion de ser elogiado por sus jefes en varias órdenes del día. En recompensa de sus méritos y servicios promoviósele á general en 1862, y en este mismo año pidió su licencia para asistir al Congreso como senador del Ohio.

Garfield, personificacion de la vigorosa raza de los colonos que habían poblado el territorio del Oeste despues de trabajar la tierra, podía considerarse como verdadero hijo de sus obras, pues á fuerza de trabajo, de energía y perseverancia, había conseguido elevarse á una posicion que no se adquiere por lo regular sin el saber y la experiencia política. Garfield podía considerarse ya como el verdadero jefe del partido republicano en el Congreso, y por lo tanto tenia abierto el camino para satisfacer su ambicion. No le faltaban, sin embargo, adversarios políticos, los cuales le acusaban de haber comprometido su nombre, al principio de su carrera oficial, en ciertas especulaciones financieras que no parecian haberle reportado mucho beneficio, y que más tarde podrian servir para atacar su reputacion.

Como quiera que fuese, algunas enemistades políticas no podian detenerle en su carrera, pues en las elecciones, como ya hemos dicho en otro lugar, había triunfado su candidatura á la Presidencia, á pesar de los esfuerzos del partido democrático, y del reconocido mérito de su rival, el general Hancock, á quien faltó muy poco para alcanzar la victoria en la lucha electoral.

El 4 de marzo de 1881, el Presidente electo se presentó en el Capitolio para prestar el juramento y tomar posesion de su cargo. Acompañábanle su esposa, su anciana madre y demás familia, que tomaron asiento detrás de la plataforma erigida delante del histórico edificio. Asistian al acto el ex-presidente Hayes, el vicepresidente Arthur, el jefe de Justicia, los senadores y diputados y el cuerpo diplomático. Despues de las ceremonias de costumbre, Mr. Garfield leyó con voz lenta y clara su mensaje inaugural, siendo interrumpido con frecuencia por los aplausos de sus oyentes. En este notable documento, el nuevo Presidente, despues de pasar en revista los progresos de la nacion en los primeros cien años de su existencia, decia lo siguiente:

«Conservando cuidadosamente lo que se ha obtenido para la libertad y el buen gobierno durante cien años, nuestro pueblo está resuelto á olvidar todas las enojosas controversias sobre asuntos que ya están definitivamente arreglados, y evitar discusiones que sólo servirian para resucitar odios que deben extinguirse.

»La supremacía de la nacion y sus leyes no deben motivar debate alguno; las discusiones que durante medio siglo amenazaron la existencia de la Union terminaron por un decreto del que no se puede apelar; pero este decreto no se opone á la autonomía de los Estados, ni tampoco interviene en las leyes de los gobiernos locales.

»La emancipacion de la raza negra, á cuyos individuos se reconoce el derecho de ciudadanía, es el cambio político más importante que hemos conocido desde que se adoptó la Constitucion de 1787; y ningun hombre pensador podrá ménos de apreciar los beneficios de semejante medida para nuestras instituciones, pues así nos veremos libres del continuo peligro de la guerra y la disolucion. Mucho se ha aumentado con esto la fuerza moral é industrial de la república; han dejado de existir las relaciones entre el amo y el esclavo, que debilitaban á uno y otro; ahora contamos con cinco millones más de ciudadanos libres, que pueden utilizar con provecho sus fuerzas; y el trabajo honroso para una raza podrá ser útil y necesario para la otra, produciéndose así un opimo fruto para el porvenir.

»No cabe duda que este gran cambio ha ocasionado graves perturbaciones en el Sur, y esto se debe deplorar, aunque era inevitable; pero los que resistieron á semejante cambio

deben recordar que bajo nuestras instituciones no había término medio para la raza negra entre la esclavitud y la ciudadanía. La libertad no podrá producir nunca todos sus beneficios mientras que la ley ó su administracion oponga el más pequeño obstáculo al paso de todo ciudadano virtuoso. La raza emancipada ha hecho ya notables progresos; sus hijos están cimentando la base de su mutuo apoyo; ensanchan el círculo de su inteligencia, y comienzan á disfrutar de las bendiciones que recaen en el hogar de los pobres industriosos; por eso es preciso que los buenos procuren estimularlos generosamente.

»Mientras que mi autoridad se pueda extender legalmente, los hijos de la raza emancipada serán igualmente protegidos por la Constitucion y las leyes. El libre goce del sufragio igual está todavía en cuestion, y es preciso resolverlo franca y lealmente. En muchas localidades preténdese que los ciudadanos negros no tienen la libertad de votar, y procúrase impedir que lo hagan, alegándose que en diversos puntos será imposible un honrado gobierno local si se permite votar á una multitud de negros que carecen de educacion. Estos son graves asertos: si lo expuesto fuese verdad, lo consideraria como la única objecion que puede ponerse á la libertad de votar. Un mal gobierno local es ciertamente un gran perjuicio que debe evitarse; pero violar la libertad del sufragio es más que un perjuicio, es un crimen, y si se persistiese en él, conduciría á la destruccion del gobierno mismo. Si en otros países se considera crimen de alta traicion atentar á la vida del rey, en el nuestro no es menor crimen coartar nuestra autoridad soberana y ahogar su voz. Se ha dicho que las cuestiones no zanjadas roban el reposo á las naciones; y yo añadiré que esta cuestion del sufragio se opondrá siempre á la tranquilidad y seguridad de los Estados ó de la nacion hasta que cada uno, dentro de su propia jurisdiccion, pueda votar y vote libremente cuando esté sancionado por la ley. Sin embargo, no se puede negar el peligro que resulta de la ignorancia en el votante; peligro que no se limita al sufragio de la raza negra, pues tambien se oculta en los orígenes y fuentes del poder en cada Estado: no tenemos medida para calcular el desastre que nos podría acarrear la ignorancia y el vicio en los ciudadanos cuando en el sufragio se unen la corrupcion y el fraude. Los votantes de la Union, que hacen y deshacen constituciones, y de cuya voluntad depen-

den los destinos de nuestros gobiernos, no pueden transmitir su autoridad suprema á ningún sucesor, como no sea á la futura generacion de votantes, únicos herederos del poder soberano; y si esa generacion recibe esa herencia cuando está ciega por la ignorancia y corrompida por el vicio, la caída de la República será segura é inevitable.

»El censo ha dado ya la alarma al publicar las cifras que señalan hasta qué punto ha aumentado el número de personas sin instruccion entre nuestros votantes y sus hijos. Este es un asunto de suprema importancia para el Sur, pero la responsabilidad de la existencia de la esclavitud no era sólo de aquellos Estados; la nacion misma es responsable de la extension del sufragio, y tiene la obligacion especial de contribuir con todas sus fuerzas á desterrar la ignorancia de la parte del pueblo que debe acudir á las urnas. Lo mismo para el Norte que para el Sur, sólo hay un remedio: todo el poder constitucional de la nacion y de los Estados, y todas las fuerzas voluntarias del pueblo deben contribuir para ahuyentar semejante peligro por medio de la influencia salvadora de la educacion universal. Es el alto privilegio y el sagrado deber de aquellos que ahora viven, educar á sus sucesores y prepararlos por la inteligencia y la virtud para recibir la herencia que los espera.

»En esta obra benéfica se han de olvidar las divisiones y las razas, y tambien el espíritu de partido, para que nuestro pueblo halle una nueva significacion en el sagrado oráculo que decia: «Un niño los conducirá,» pues nuestros hijos regirán pronto los destinos de la República.

»Compatriotas, no diferimos ahora en nuestro juicio respecto á las controversias de las pasadas generaciones; de aquí á cincuenta años nuestros hijos no estarán divididos en sus opiniones sobre las mismas, y seguramente bendecirán á sus padres, dando gracias al Todopoderoso por haber conservado la Union y abolido la esclavitud, igualando á las dos razas ante la ley. Podremos apresurar ó retardar la reconciliacion, pero no evitarla; ¿no es posible para nosotros pedir una tregua al tiempo, anticipando y aceptando su inevitable veredicto?

»Empresas de la más alta importancia para nuestro bienestar moral y material nos ofrecen ancho campo para el empleo de nuestras fuerzas. Que todo nuestro pueblo, dejando atrás los campos de batalla, de sangrienta memoria, avan-

ce con la fuerza de la libertad, para que la Union restablecida obtenga las más envidiables victorias de la paz.

»En cuanto al servicio civil, nunca podrá tener una base satisfactoria mientras no se regule por la ley. Para bien del servicio mismo, para la proteccion de aquellos que están encargados de evitar la pérdida de tiempo, allanando las dificultades que se opongan á la marcha de los asuntos públicos, y para impedir las intrigas y los perjuicios, pediré al Congreso oportunamente que señale las condiciones para los destinos subalternos de los departamentos ejecutivos, prescribiendo los reglamentos á que todos deberán atenerse. El objeto constante de mi gobierno será mantener la autoridad, y dentro de su jurisdiccion imponer obediencia á todas las leyes de la República, en interés del pueblo. Exigiré una severa economía en todos los gastos del gobierno, recordando á todos los funcionarios que deben cumplir leal y honradamente sus deberes, sin olvidar nunca que los destinos se crearon, no para beneficio de los que los desempeñan, sino para servir al gobierno.»

Terminado su discurso, el presidente Garfield recibió las felicitaciones y los plácemes de sus numerosos amigos; al día siguiente nombró su gabinete, compuesto de personas cuyos nombres eran ya de por sí una garantía de buen gobierno; y entró en el ejercicio de sus altas funciones.

Mucho se esperaba de la administracion de Mr. Garfield, á juzgar por sus primeros actos; pero desgraciadamente, á los tres meses de su elevacion al poder, un trágico suceso sembró la consternacion en la República de la Union, por el infame atentado de que fué víctima Mr. Garfield.

El Presidente habia resuelto ir á visitar á su señora, residente en Long Branch, y el 2 de julio, á eso de las nueve y media de la mañana, dirigióse á la estacion de Baltimore y Potomac para tomar el tren que salia á esta hora con destino al citado punto. Acompañaba al Presidente uno de sus ministros, Mr. Blaine, y llegados que fueron, apeáronse del coche y penetraron presurosos en una de las salas de espera, pues faltaban pocos minutos para la salida del tren. Antes de que pudiera dar diez ó doce pasos, un hombre que habia entrado momentos antes, y que se habia sentado, como si esperase á Mr. Garfield, levantóse al verle, y le disparó por la espalda un tiro de revólver, seguido casi inmediatamente de otro.

El Presidente se mantuvo en pié al recibir el primer tiro, aunque la bala habia penetrado en el cuerpo, pero el segundo le hizo vacilar, dobláronse sus rodillas, y sin decir una palabra, sin proferir un grito, cayó de bruces, mientras que el asesino trataba de emprender la fuga; pero Mr. Blaine habia mandado ya cerrar todas las puertas, en las cuales se apostaron algunos agentes, y acto continuo prendióse al culpable. Despues se levantó al Presidente, que parecia muerto, y condujosele á la Casa Blanca, donde recobró pronto el conocimiento. Lo primero que hizo fué ordenar que se enviase un telégrama á su esposa, telégrama concebido en estos términos: «El Presidente me encarga anunciar á usted que acaba de ser herido, aunque no sabe todavía si de mucha gravedad, y espera que vendrá V. cuanto antes.» Remitido este telégrama, Garfield pareció más sereno, y habló con Mr. Blaine, perdiéndose en conjeturas sobre cuál seria la causa de haberse atentado contra su vida. La bondad de su carácter se reveló por el cuidado que le inspiraba su esposa, pues dijo con triste acento: «Dios bendiga á mi pobre mujer, y ojalá que la noticia no la trastorne gravemente.» La calma de Mr. Garfield asombró á todos cuantos le rodeaban, tanto más cuanto que acababa de asegurar que su herida era sumamente grave. Encargó á los médicos que no le ocultaran nada, y cuando le dijeron que habia pocas esperanzas de salvarle, contestó: «Hágase la voluntad de Dios; dispuesto estoy á morir.»

Los telégramas que despues se enviaban á todas partes fueron favorables, hasta el punto de creerse que el Presidente se salvaria, pues si bien una de las balas habia atravesado el hígado, bajando despues al abdómen, los riñones y los intestinos estaban ilesos; pero las esperanzas debian desvanecerse más tarde.

Apénas circuló la noticia por la ciudad, comenzaron á llegar numerosos grupos del pueblo para informarse ansiosamente sobre el estado del herido, y en los semblantes de todos revelábase el espanto y la indignacion, á la vez que un sentimiento de profundo pesar.

El asesino del general Garfield, Carlos Guiteau, de origen francés, habia nacido en Freeport, en Illinois, en 1841: era hombre de elevada estatura, cabeza pequeña, cabello espeso y muy corto, rostro prolongado, nariz un poco remangada, ojos pequeños y hundidos y cejas muy espesas. Su padre, Lutero W. Guiteau, segun todos los datos recogidos, gozaba de una

reputacion sin tacha por su honradez; habia sido director de correos en tiempo del presidente Harrison; y como en aquella época tomasen mal giro sus negocios, no vaciló en vender cuanto poseia para pagar puntualmente á sus acreedores. Su hijo Carlos, segun rumores, distaba mucho de ser tan probo. Atribuyóse á varias causas el atentado de que se habia hecho culpable: segun los unos, era un loco atormentado por el deseo de darse á conocer; segun otros, no era más que un cazador de empleos, enfurecido porque sus peticiones no le daban resultado; y no faltaba quien le calificase de fanático político. Sin duda hay un poco de verdad en todas estas versiones.

De los primeros interrogatorios parece resultar que Guiteau no tenia ningún motivo de odio personal contra el presidente Garfield, aunque le habia pedido, y esto con un tono nada propio de un hombre de sano juicio, destinos que no pudo obtener. Parece que Guiteau solicitaba hacia largo tiempo el cargo de cónsul de los Estados Unidos en Marsella, y para obtenerle habia molestado muy á menudo á las personas más influyentes en el Congreso. Viendo que no se atendia á sus repetidas instancias, Guiteau, segun su propia confesion, resolvió matar á Mr. Garfield, á fin de que el vicepresidente Arthur ocupase su lugar. Esta es la idea que dió origen al crimen, é inútil parece añadir que nadie ha pensado en acusar de complicidad al Vicepresidente ni á ninguno de los jefes políticos de los partidos republicano ó demócrata en América. El horrible atentado para asesinar al general Garfield, excitó en toda Europa tanto horror é indignacion como el asesinato de Alejandro II de Rusia y el del malogrado Abraham Lincoln. Su reputacion era europea, aunque habia desempeñado poco tiempo su alto cargo, y no se comprende que, dado su carácter, pudiera haberse atraído una enemistad mortal. No hay nada que pueda justificar actos tan odiosos, ni las pasiones políticas ni el espíritu de venganza, y sus perpetradores deben considerarse como los más viles enemigos de la humanidad.

Jaime Abraham Garfield era un hombre del tipo de Abraham Lincoln, el inolvidable Presidente de la Union, que sólo vivió para salvar la República en medio de las traiciones y de la guerra civil, y proclamar la abolicion de la esclavitud. Garfield tenia muchos puntos de contacto con aquel malogrado Presidente: personificaba, como él, la honradez, el patriotismo, la actividad y el respeto á los principios constitu-